

BASKISCH = HISPANISCH ODER = GALLISCH?

1. El título de esta exposición es un calco más bien desvergonzado del que lleva un conocido trabajo de Hugo Schuchardt, publicado en 1915 (año, por casualidad, de mi nacimiento) en las *Mitteilungen der Anthropologischen Gesellschaft in Wien*. Pero, como pronto se echará de ver, la semejanza se reduce al título pelado.

No le imito, como es patente, en cuanto a la lengua, donde lo germánico queda reducido en mi caso al encabezamiento mismo. Tampoco le imito, y esto merece subraverse con mayor empeño, en cuanto a tema o tratamiento. La contribución de Schuchardt, que no es seguramente una de las más felices entre las suyas, se proponía establecer la proximidad de la lengua vasca en relación con la ibérica, de una parte, y con la lígur, de otra, como fruto circunstancial de polémicas de aquel momento.

El resultado del combate —un tanto impar, ya que Schuchardt no lo libraba contra lingüistas— sólo podía ser el que ya de antemano cabía esperar, dadas las firmes convicciones, dignas de un fiel neogramático, que Schuchardt había ya manifestado en *Die iberische Deklination*, 1907. Del segundo término de comparación, es muy poco todavía lo que en nuestros días se puede afirmar y hasta negar, al menos en lo que a lengua o lenguas se refiere.

Aquí, más que de hechos de parentesco o de afinidad, cuestiones directamente lingüísticas, voy a tratar de problemas de delimitación geográfica. Para ello me veo obligado a resumir la historia, que aquí será muy breve y demasiado incompleta, de las investigaciones que han versado acerca del carácter hispano o galo (aquí, mejor, aquitano), que en términos más modernos sería español o francés, de la lengua éuskara, referido a su más antiguo asentamiento territorial dentro del ámbito temporal que nos es dado alcanzar.

Para ello serán necesarias, creo, algunas consideraciones previas mucho más lingüísticas que geográficas. Trataré, pues, de hacerlas entrar, de grado o por fuerza, en estas reflexiones y hasta intentaré, si es hacedero, sacar alguna conclusión de valor más general.

Añado, por si vale de disculpa, que cada vez me intereso más por la historia de las disciplinas o, en otras palabras, por los planteos y soluciones que constituyen su encarnación: *nerui et ossa* que dicen que decía de los silogismos un teólogo implacable. No pienso que la historia sea central o nuclear, ya que se puede llegar a conclusiones razonablemente seguras aun ignorando los antecedentes de las *quaestiones disputatae*, pero ayudan con todo a comprender, fuera ya de toda relación con el pasado, la articulación de los problemas y, en consecuencia, la trabazón de argumentos y conclusiones.

2. En efecto, la lengua vasca, el *euskara*, no es, ni mucho menos, un ente extraño en estas reuniones, y esto poco tiene que ver con que esta última manifestación se celebre en el país en que se está celebrando. A diferencia de otras —a diferencia de todas las demás que en estas ocasiones se toman como objeto preferente—, se trata de una lengua que no es antigua *stricto sensu* (lo fue en

un tiempo), sino de una lengua moderna y aun contemporánea. Lo que sucede es que esta modernidad y contemporaneidad nacen de aquel pasado, ininterrumpido por lo que sabemos, que tuvo que ser coetáneo en un tiempo de las otras lenguas que en estos debates se han venido considerando.

Es evidente, lo que nos ahorra la prueba, que el vasco de aquel entonces, el de hace dos milenios o más, no es la misma lengua que el vasco de hoy en día. Lo será, de todos modos, para los que creen (quiere decir, para los que creemos) que la continuidad lingüística tiene un sentido preciso que permite enlazar y unificar, por origen y transmisión (nunca incontaminada, pero cargada siempre de insospechadas lealtades), fases muy alejadas, en el tiempo y en la sustancia, de una misma línea lingüística.

Ahora, como no podía ser menos, se habla de una continuidad lingüística, pero también, aunque en segundo término, como es obligado, de una continuidad local, al menos *lato sensu*. Se admite, pues, como creo que es generalmente admitido, que esa continuidad éuskara se ha mantenido, más o menos *in situ*, durante unos dos mil años. No es necesario advertir que las zonas antigua y moderna de empleo de la lengua no se superponen, ni mucho menos: hay, incluso, graves obstáculos para establecer dónde y hasta qué punto están superpuestas. Lo que ignoramos excede por mucho de lo que abrumados de dudas creemos saber. Con todo, uno y otro territorio bien han podido ser próximos, incluso coincidentes en zonas considerables.

Habría que añadir otra restricción fundamental, si estas consideraciones han de alcanzar algún valor, por modesto que sea. Admito, en primer lugar, que, en este campo como en otros, no se da la generación espontánea: las lenguas tienen comienzo — éste, para gente no tan antigua, podía ser la inacabada torre de Babel—, comienzo que, sin embargo, es para nosotros siempre relativo, y limitado por causas extrínsecas, entre las cuales ocupa el primer lugar la amplitud y profundidad de nuestros desconocimientos. No se discute la continuidad anterior y posterior a lo que tomamos como origen.

3. Para enhebrar el hilo de estas consideraciones, acaso no sea ocioso ver cuáles eran las maneras de ver que se enfrentaron cuando el *settecento* alcanza y pasa al *ottocento*, para lo cual hay material bastante en Tovar, *Mitología e ideología sobre la lengua vasca*, Madrid 1980, pp. 101 ss. Los puntos de partida y las conclusiones que de ellos infieren los que están (por decirlo de algún modo) en favor y en contra de la lengua vasca, es decir, en favor o en contra de su antigüedad, pureza, extensión, etc., son, como se supone de antemano, muy diferentes. Aquí, sin entrar en antecedentes y en consecuentes, nos bastará con detenernos en Traggia y Astarloa.

Las raíces del conflicto son más profundas que las meramente lingüísticas: por otra parte, nunca se discute, si no me equivoco, acerca de si el empleo y cultivo del vascuence debe ser promovido o reprimido. Lo que hay en el fondo es la suerte de las instituciones vascas que los Borbones, aunque no las vieran con agrado, las toleraron bastante bien hasta que llega la Revolución francesa y, sobre todo, la guerra con la Convención. Su carácter inmemorial y hasta originario tenía un firme apoyo en la condición claramente diferenciada de la lengua que los adversarios, como hacían con las instituciones, se resistían a aceptar: para éstos, tanto en un caso como en el otro, lo tardío y adventicio venía a ser el rasgo dominante.

Para respetar la literalidad de los textos, recojo aquí el encabezamiento del primer capítulo de Astarloa, *Apología de la lengua bascongada*, Madrid 1803, obra en que Traggia está siempre presente, manifiesto o soterrado: «Siendo la lengua Bascongada una lengua existente en España, no introducida en ella por nacion alguna de quantas vinieron á nuestra península despues de su poblacion, ni formada por los Bascongados desde esta época, no puede menos de ser una len-

gua que se hablaba en España al tiempo que entró en ella la primera de las Naciones». O, en otro lugar, p. 6: «Corroboraré... los argumentos que nuestros Escritores han alegado hasta ahora para demostrar que su lengua, no solo fué la primera que se habló en España, sino que fué formada por el mismo Dios en la confusión de la torre de Babilonia». Está, pues, claro que conforme a Astarloa, en contra de lo que más de una vez se lee, el vascuence era lengua postbabilónica y, por consiguiente, no paradisiaca.

4. Traggia, en el famoso *Diccionario geográfico-histórico de España* de la Real Academia de la Historia, 1802, que empieza de forma inesperada si no se atiende a las razones políticas de la hora por los «territorios exentos» (y se interrumpe ahí por más de 40 años), II, pp. 151 ss., había tomado una postura muy diferente. Al menos en lo fundamental, que no es por necesidad lo que a nosotros nos parece más importante. Su escepticismo diociochesco, muy distinto del dogmatismo de su contradictor posterior, le lleva a subrayar las conocidas debilidades de la ductilidad de la práctica etimológica: «...por las etimologías se puede dar origen en todas las lenguas á casi todos los nombres desconocidos de la antigüedad, y á los de nueva creación» (p. 152, donde como siempre mezcla y confunde los nombres propios con los comunes). Insiste también (y uno diría que llega a la exageración) en cuanto a la variabilidad de las lenguas, al contrario de sus opositores que, al menos en *un* caso, las consideran sustancias inmutables. Trata de debilitar con sus dudas, cuya forma es en buena parte la de argumentos *ex silentio*, las razones de los vascófilos, aunque puede apartarse de esta continencia, como cuando escribe (p. 163), siguiendo sin duda a alguna grave autoridad: «los chinos, que, según indicios, son una colonia de Egipto, llevaron a oriente su lengua primitiva, con toda la rudeza de su origen».

Porque Traggia sabe lo que es una 'lengua primitiva', aunque toma esta denominación en dos valores que a nosotros nos parecen muy diferentes, al menos si nos contentamos con la superficie de sus palabras. Se trata, de una parte, conforme acabamos de ver, de lo que Larramendi o Hervás llamaban 'lengua matriz'; de otra, es una lengua rudimentaria. Pero para él las 'matrices' carecían, o poco menos, de artificio o estructura, término que no le era desconocido: «Las lenguas primitivas, formadas por las circunstancias y por el olvido de la lengua común á los primeros hombres, casi se reduxéron a un monton de sonidos, que significaban los objetos mas comunes y necesarios. Se infiere esto, de que teniendo la lengua hebrea del tiempo de Moyses poco mas artificio, las lenguas que nacióron de ella... casi mil años ántes, debian ser mas imperfectas, y de consiguiente casi un puro nomenclator».

De aquí que Traggia acepte, o tenga que aceptar *argumenti causa*, una calificación muy positiva de la lengua vasca (p. 155), puesto que ello equivale sin más a negar o disminuir su antigüedad, que decrece cuando crece aquélla: «...siendo el vascuence una lengua rica, llena de artificio y de reglas muy exáctas, fecunda en variar los nombres y los verbos, suave y nada bárbara, capaz de energía y número, es increíble que sea una de las lenguas primitivas... Careciendo de escritores antiguos el vascuence, su disposicion y estructura son hijas del feliz acaso, y concurso de voces y reglas de diversos idiomas, combinados con el gusto de la antigua lengua patria». Así, pues, en conclusión, hemos sido favorecidos por el concurso sorprendente del acaso, infeliz más a menudo que feliz, y de la excelencia de las lenguas (¿incluida aquella «antigua lengua patria»? que participaron en la formación de la nueva criatura.

5. Astarloa no discrepa *in genere* de Traggia en cuanto a que las lenguas no sólo pueden heredarse, sino también hacerse, aunque sin duda estaba muy lejos de lo que éste afirma en la p. 165: «así en el siglo XII debió comenzar á tener forma y consistencia la lengua empezada á intro-

ducir á mediados del siglo VIII para figurar sus naturales total independencia del extranjero». Es lástima que nada sepamos de los creadores independentistas «de esta, por decirlo así, federación», máquina infernal destinada a causar tantos descalabros hasta el día de la fecha. Es de sobra sabido, aunque yo me confieso culpable de haber minusvalorado esta suerte de hechos, que sí nacen y se hacen lenguas, aunque no de la nada y menos con el designio deliberado de fastidiar a los legítimos propietarios de un territorio.

Traggia, p. 156, recogido por Tovar, p. 103, da una lista extensa de las lenguas de que se formó la vasca: «Las fuentes del vascuence actual fueron la lengua antigua del país, las lenguas de los pueblos vecinos españoles, que hablaban diversamente, según Estrabón, las lenguas vencidas de la Aquitania, y las de los asturianos, gallegos y aragoneses con quienes los vascongados tuvieron relaciones voluntarias ó forzadas desde el siglo VIII hasta el día de hoy». Hago ahora un aparte para «las lenguas vencidas de la Aquitania» sobre las cuales habrá que volver a tratar en un contexto diferente. Baste indicar que aquí mismo son sin duda distintas de «la lengua antigua del país». Por otra parte también Traggia se adhiere a la opinión común (p. 155) de que el euskara ultrapirenaico fue importado en la última parte del siglo VI: «La dominación de nuestros vascos [es decir, de los de Hispania] en la Aquitania, unida á las colonias godas...» en nuestro país con referencia a Leovigildo y luego a Suintila.

Es difícil discrepar de este principio de la diversidad de la tradición que viene arrastrando la lengua vasca para aferrarse a una continuidad ininterrumpida, libre de interferencias extrañas. Pero el asentimiento que acabo de reiterar a este principio no nos exime del examen del diferente peso de las distintas fuentes en la «materia bruta». Es claro, por ejemplo, que el inglés cuenta en ella elementos indoeuropeos germánicos que, para entendernos, se nos presentan como patrimoniales a falta de más amplios conocimientos. Luego hay, por lo menos, celta britónico, latín, escandinavo, francés normando y no normando, greco-latín escolástico, renacentista y científico, etc., etc., hasta llegar a *guano*, *guerilla*, *imbroglio*, *loch*, *pronunciamiento*, *punch*, *tepee*, *trek* o *banshee*.

En otras palabras, tales mezcolanzas no suelen ser anárquicas, sino jerárquicas. Así se suelen tomar los componentes del inglés, con alguna ilustre excepción, y así habrá que considerar los vascos, cuyo fondo propio o básico no es ajeno a lo que Traggia llamaba «la lengua antigua del país». A él, precisamente por lo que lo diferencia de lo que conocemos de otras lenguas, le debe la nuestra elementos esenciales de su estructura y de su inventario.

Traggia supone, en términos actuales, que por aquí, un poco más a la derecha o a la izquierda, arriba o abajo, muy dentro de nuestra era, se llegó a constituir por la necesidad de comunicarse (¿por inmixción de esos navarros sin progeñe?) o por librarse de ataduras un *pidgin* que se convirtió en lengua franca de una zona que llegó a ser una lengua criolla, primera lengua de muchos y única de no pocos de entre ellos, al menos durante bastantes siglos.

No habría por qué descartar de antemano una idea como ésta, del mismo modo que no hay que dejar sin examen la hipótesis de que el euskara, en su forma histórica, naciera del contacto de un dialecto occidental como el vizcaíno y de otro componente más oriental, según querían Uhlenbeck, etc. Pero, que sepamos, no hay razones que nos inclinen —no ya que nos fuercen— a admitir que se haya producido tal tipo de hibridación, en una forma o en otra.

6. En lo que sigue quiero insistir sobre un aspecto que llama la atención tan pronto como nos ponemos a examinar los estudios que tocan a la situación de esta lengua hace dos milenios. A ello, aunque se trate de una circunstancia más bien anecdótica, dedico lo que sigue.

Hoy en día, y hace ya varios siglos de ello, la lengua vasca es usada a ambos lados de la frontera entre España y Francia, que viene a ser la misma en líneas generales que en tiempos sepa-

raba a Hispania de Gallia. Los límites políticos fueron distintos antes de 1550 (escojo un número tan redondo como inexacto) o antes de 1200, etc., etc., pero esto no modifica la cuestión en lo fundamental. La verdad que su firmeza, no es necesario probarlo, no ha hecho más que aumentar a medida que pasaba el tiempo, sobre todo en los últimos siglos. En lo eclesiástico, por ejemplo, la extensión meridional de la diócesis de Bayona sólo acabó, y solamente *de facto* por entonces, con Felipe II.

Por otra parte, por ser divisoria y en cierto modo barrera, no lo ha sido en todos los aspectos y esto no reza sólo para los adeptos al contrabando. Las comunicaciones entre valles favorecían antes el intercambio norte-sur que el transversal. De aquí el contacto, en primer lugar lingüístico, nacido sin duda del frecuente intercambio entre gentes de una y otra vertiente. No hay más que observar lo que ocurre con la lengua vasca y sus dialectos (el roncalés va con el suletino, el baztanés con el labortano, etc.) o con el catalán al otro extremo de la cordillera. En los Pirineos centrales hay por lo menos afinidades (para hablar como Elcock) bien conocidas entre gascón y aragonés. Se volverá a tocar la posibilidad y hasta la probabilidad de un área lingüística pirenaica ya en la Edad Antigua.

7. Es, sin embargo, un hecho que no deja de ser sorprendente. Desde el siglo XVI se da por sentado *comme allant de soi* el carácter meridional de la lengua vasca, aunque se siga hablando también al Norte: es una lengua hispánica antigua o, de acuerdo con nuestro último giro terminológico, paleohispánica. Parecería esto natural en algunos tratadistas por razones de adhesión, basadas en su *Staatsangehörigkeit*, si no en su *Nationalität*. Los Pirineos no constituyen, sin embargo, un muro de separación en esta cuestión.

Un título como el que Larramendi dio a su obra (creo que la primera), publicada en Salamanca en 1728, puede servir de ejemplo de lo que otros también dicen o al menos dan a entender: *De la antigüedad y universalidad del vascuence en España*. En su *Arte* de 1729, sin embargo, habla entre los dialectos de la lengua del «Navarro, ò Labortano, que comunmente es uno mismo». El mismo Astarloa, *Apología*, p. 429: «Si la lengua Bascongada es anterior en España a la venida de quantas naciones nos dicen las historias haber entrado en ellas, debe ser tenida y reputada en buena filosofía por lengua primitiva de nuestra península». Cf. también p. 192, etc.

Esto no podría explicarse por argumentos de mayor extensión, población más abundante, etc. La diferencia en cuanto al peso económico era mucho menor en el siglo XVII que en el actual y, en otro terreno, muy otro para quien no sea reduccionista a ultranza, han sido los de *Iparalde*, como ahora se dice, y ante todo los labortanos, quienes nos han llevado clara ventaja, en cuanto al cultivo escrito de la lengua, hasta la aparición de Larramendi y continuadores por lo menos.

No hay necesidad de hacer una relación por lo menudo de las opiniones de Garibay, Zaldívar y otros que, por consideraciones de lealtad (como dicen en inglés) han podido reducir la lengua al dominio hispano en su primera difusión.

Con todo, Oihenart (1592-1667), suletino, era unos 25 años mayor que el padre Moret (1617-1687), cronista del reino de Navarra, y sabemos que la relación entre ambos no estuvo del todo libre de fricciones, debidas sin duda en parte a lo que Larramendi llamaba «pasión nacional». En efecto, Oihenart era autor de una *Dissertation historique sur l'injuste usurpation et rétention de la Navarre par les Espagnols*, 1625, su primer libro.

Y, con todo, Moret, no sin razón, se muestra enteramente de acuerdo con su contradictor en el punto que ahora nos atañe. Veamos, si no, una muestra representativa de la opinión que Oihenart sustenta. Cito por la 2.^a ed., ampliada, de la *Notitia utriusque Vasconiae, tum Ibericae tum Aquitanicae*, libro III, cap. 1, según la traducción de Javier Gorosterratzu, San Sebastián 1929 (= *RIEV* 19, 1928, pp. 234 ss.):

«Dije en el primer libro de esta obra que los Vascos habitaron en el lado citerior del Pirineo, en España, en tiempo antiguo, y de esto no existe entre los doctos controversia alguna. Mas en cuanto al tiempo en que emigraron de aquí a la Aquitania, la cuestión tiene explicación difícil». La de Oihenart, sin embargo, es la siguiente: «Después de la muerte de Graciano, decaído y tendiendo al fin el dominio de Roma en la Galia y España, y particularmente devastada la región pirenaica por los Alanos, Vándalos, Suevos... que dos años antes de la toma de Roma... atravesando el Rhin, habían invadido la Galia, y llegado hasta el Pirineo; y detenidos algún tiempo por este obstáculo, se habían derramado por las vecinas comarcas..., no fue difícil a los Vascos, pueblo belicoso y deseoso de dilatar sus fronteras, el enseñorearse de aquel país montañoso, que está al pie del Pirineo por el lado de la Galia. Cuánto adelantaron en aquel ímpetu, difícilmente nadie podrá determinar».

8. Oihenart parece, pues, situar en la primera parte del siglo V, en todo caso después del 383, la penetración de los vascones en territorio galo, de donde, en último término, procederían los territorios vascos en Francia. Por lo tanto, fecha los hechos de una manera un tanto imprecisa, mientras que la mayoría de los autores que han aceptado esta tesis en términos generales fijan hasta el año de la entrada, que fue el 587, según el tan difundido pasaje de la *Historia Francorum* de Gregorio de Tours.

Como ejemplo mucho más reciente, vale A. Schulten, *RIEV* 18, 1927, pp. 225-240, quien, apoyado por cierto en Bladé que como se verá ya había abjurado de esa creencia, añade como comentario a *Wascones uero de montibus prorumpentes in plana descendunt*, etc. Y, con un salto mortal doble que desafía todas las leyes del razonamiento, concluye: «...que el año 580 todavía no habían atravesado (los Pirineos)... Por consiguiente [sic]: *en el año 587 penetran los Vascones en la Aquitania* [el subrayado es de Schulten]. Es la tercera fase del avance de los Vascos hacia el norte: 1) Conquista del norte de Navarra; 2) de Álava, Vizcaya y Guipúzcoa; 3) de la Gascuña». Todo esto queda corroborado por un testimonio de Venancio Fortunato, fechable hacia el 580, cuyos vascones, aunque luchan con los francos, tanto pueden ser hispanos como galos o habitantes de cualquier otro país.

A manera de continuación, puesto que bastantes años después vuelve a aplicar el mismo método o negación del método que ya había usado (aunque con circunspección) Traggia a propósito de sus enigmáticos navarros, por el que la primera mención de algo es el acta circunstanciada del origen de ese algo, recojo algo de lo que dejó escrito Gerhard Bähr en *Baskisch und Iberisch*, Bayona 1948 (separata de *Eusko-Jakintza*), tesis doctoral escrita hacia 1940, en un pasaje destinado a aclarar hasta qué punto los vascos de Labort, Baja Navarra y Sola son o no descendientes directos de los aquitanos, cuya lengua no era extraña a la vasca según Bähr: «Das scheint nicht der Fall zu sein. Wahrscheinlich ist das gesamte Aquitanien im Altertum romanisiert worden. Der Name der Stadt Lapurdum, heute Bayonne, lebt in dem der Landschaft Laburdi fort, das *b-* dieser Form scheint daraus zu deuten, dass das Wort durch romanischen Mund gegangen ist, dass also hier den Labourdinern ein romanisierte Bevölkerung sass. Die jetzigen diesseitigen Basken sind wahrscheinlich Nachkommen jener Vaskonen, die nach Gregor von Tours Zeugnis... Im Jahre 587 die Pyrenäen überschritten —nördlich des Gebirges gab es also [sic] vorher keine Vasconen—, Aquitanien verwüstet und zum Teil besetzt haben».

Ya he concedido demasiado espacio a esta argumentación inane. Cabe la posibilidad de que Bähr, como Schulten, tengan razón, pero quien como aquél cree que alguna lengua aquitana tenía mucho que ver con la vasca debe aceptar que no es lo más probable —no es lo más económico— que ciertas gentes pierdan su lengua para volverla a recobrar, con lo que hay que postu-

lar dos cambios cuando ninguno hace falta sin más que suponer que algo de la antigua lengua se conservó en algún rincón del país.

No añade fe al argumento, y sí le da el aire de falacia no del todo involuntaria, el traducir *prorumpere* (que significa, creo yo, 'lanzarse, precipitarse') por *überschreiten* que, de acuerdo con los diccionarios, tengo que admitir que significa 'atravesar, cruzar' o algo muy parecido.

Y, aunque esto no viene a cuento, hay razones más que sobradas para dudar de que *Laburdi* sea el equivalente vasco de Labort, Labourd. Es sabido que Etcheberri el de Sara no quería aceptar que el nombre de su país significara algo así como 'lugar de ladrones', puesto que se llama *Lap(h)urdi*. Y, de ahí, salió el *Laburdi* (escrito *Lau-ur-di* en un conocido título) que, más decorosamente, podía entenderse como 'país de cuatro ríos', y supongo que no se equivocaba en la cuenta. Luego, los de aquí, que durante decenios hemos tenido la inclinación de elegir las formas *deteriores* cuando había más de una, nos encargamos de difundir *Laburdi* por Vizcaya, Álava, Guipúzcoa y Navarra, por ignorancia o porque lo creíamos, como el médico de Sara, más digno.

9. Ya se ha dicho que Oihenart no se apartó de las posturas tradicionales en esta materia: no estableció, en otras palabras, la continuidad entre viejos y nuevos 'aquitanos'. Para él lo vasco (y cómo se puede delimitar lo vasco si no es a partir de la lengua?) es hispánico. Es, más precisamente, vascón, como señala Tovar. Y, con todo, «escribió un libro sobre el país vasco», según dice también éste: la *Noticia* de ambas Vasconias que es, si no estoy equivocado, la primera obra que se dedicó a éstas en su totalidad. En efecto los autores del país han pecado en general de separatismo, aun cuando un guipuzcoano por encima de todo como Iztueta (1847) tenga que recurrir en todo momento a la lengua y a los 'vascongados' (*euskaldunak*) que la emplean, que no son característica privativa de Guipúzcoa.

Chaho (1811-1858), suletino como Oihenart, inspirado teósofo, filósofo autodidacta, iniciado en la lingüística en el *cénacle* de Nodier, es considerado hoy por todos como el primer formulador del nacionalismo vasco. No se le puede con todo considerar juez ecuánime en cuanto a su aversión hacia las dos potencias dominantes: es cualquier cosa menos pro-español. Por esto mismo quizá, los vascos son para él, primero y ante todo, hispanos. En su *Voyage en Navarre pendant l'insurrection des Basques (1830-1835)*, París 1836, que aquí se cita por la 2.^a ed. de 1865, que ya tuvo versión alemana en el mismo 1836, no se nota al menos el menor deseo de extender esa «insurrección» (en otro lenguaje, la primera guerra carlista) al territorio para él cispirenaico.

Este mismo 'españolismo' se manifiesta por todas partes en el punto que aquí y ahora nos interesa. Véase, como muestra, lo que escribe en las pp. 102 ss.: «Léovigilde..., portant la guerre aux Basques alavais, les contraignit, après vingt batailles, à choisir entre la servitude et l'exil. Une colonie de Vascons émigrés franchit les Pyrénées, et vint s'établir dans la Navarre française, dont les collines se déroulent, ombragées de bruyères, entre les deux jolies provinces de Soule et de Labourd». No se ve muy bien por qué se limitaron a la Baja Navarra, ni tampoco por qué se trataba de alaveses exclusivamente. Bien es verdad que antes, p. 101, asegura que los *Hauts-Navarraïis* conquistaron y colonizaron esa región que los visigodos dominaban, ya que «l'Espagne depuis un siècle était la proie des Visigoths», sin que al parecer se hubieran acordado de la existencia de Navarra o, mejor dicho, del territorio que después se ha llamado así.

Aquello ocurría, según el consenso de los historiadores, el año 581, cuando los vascos «abandonnaient l'Alava de toute part, et franchissant les Pyrénées, descendaient en foule dans la Novepopulanie, suivis de leurs femmes et de leurs enfants».

Alguna vez, sin embargo, Chaho apela a lo novempopulano como propio. Así cuando en las pp. 227 s., al hablar de *Leheren*, explicado *Lehen-heren* «premier-dernier», asegura: «Ce mythe, emblème des luttes de la nature, est le même que le Leherenus, le Dieu de la guerre des anciens Novempopulains», a lo que sigue una larga digresión geológica sobre la formación de los Pirineos y una exposición de la cosmogonía de los vascos.

Pero todo esto va más allá de lo lingüístico, y entra en el empeño de Chaho, inventor erudito e imaginativo, de emplear materiales de cualquier laya para dotarnos, sin descuidar abundantes elementos genuinos que fue el primero en señalar, de una mitología, de coloración más bien india o aria, que pudiera resistir la comparación con la de cualquier otro pueblo o conjunto de pueblos.

Algo semejante pensaba su contemporáneo y admirador, aunque sacerdote, Hiribarren (1810-1866). En su poema épico *Eskaldunac*, Bayona 1853, se habla largamente de la expansión romana por Hispania: en otros términos, como dice el subtítulo, habla de los países vascos en relación con Iberia y Cantabria y no llega a mencionar, si no lo he leído mal, a Publio Lic. Craso ni a César. En unos versos de las pp. 42 s., se nos habla de la etimología de *Laphurdi*, nombre que los vascos dieron a Bayona

nola oboin toki segurari,

es decir, «seguro refugio de ladrones».

Pero por aquel entonces no había a su alrededor población en muchas leguas; zarzas y bosques cubrían *Laphurdi* (que aquí es ya un territorio, no una población), de manera que ningún labortano nacido allí después tiene motivo de avergonzarse. Aquel país fue viendo crecer poco a poco la gente a lo largo de la costa, gente que había dominado Navarra hasta entonces.

10. Humboldt no representa un cambio de opinión, ya que en realidad, salvo error, no manifiesta ninguna. En sus *Untersuchungen über die Urbewohner Spaniens vermittelt der Vas-kischen Sprache*, Berlín 1821, ya indica en su mismo título dónde se centraba el interés del autor. Admite, desde luego, que Aquitania «era tan sólo una continuación de los poblamientos ibéricos», como se confirma por la comparación de los nombres (únicamente tiene en cuenta los de lugar). Es sabido, por otra parte, que Humboldt limitaba muy estrictamente la difusión septentrional de esa onomástica, aunque no lo hiciera hacia el este, por costas e islas mediterráneas. No obstante, no toca, puesto que quedaba fuera del campo de su atención, la relación entre aquitano pirenaico y moderno vasco septentrional: no considera si hubo continuidad o ruptura entre ambas fases lingüísticas en aquel territorio.

Uno de sus mentores vascos, Juan Antonio Moguel, *La historia y geografía de España ilustradas por el idioma vascuence*, publicado por J. Garate, Bermeo, 1936 (Moguel murió en 1804), escribe, por ej., en la p. 12: «Esta Nomenclatura comprobará la antigüedad y universalidad de nuestro idioma en toda la Península de España, con inclusión de Portugal». Copia, pues, los términos ya usados por Larramendi, y nunca menciona los países situados al norte de los Pirineos. Coincide también, por lo tanto, con su coetáneo Astarloa.

11. La relación precedente, que peca más por exceso que por defecto, al menos en unas circunstancias como las presentes, no debe ser prolongada en lo posible. Se podría añadir testimonio tras testimonio en favor de las tesis presentadas, por lo que será mejor fijar ya el punto de inflexión que había de determinar la fase en que todavía nos encontramos: aquí se ha tratado y se tratará de autores y obras que han tenido una influencia amplia y generalizada, sin detallar opiniones individuales que no han sido más que anécdota casual.

Con este propósito nadie se presta mejor que François Bladé, autor de amplia y profunda erudición, dentro de lo que ahora solemos llamar erudición local, ya que la evolución de sus opiniones en esta materia representa una auténtica conversión en la que, como Saulo, hizo suyas las ideas que combatía. No hay que echar en olvido que gascones y vascones (sigo respetando la acentuación nada fiel a los testimonios más antiguos) han sido siempre conscientes, dentro de su rivalidad, de la lejana comunidad de orígenes y, en sus trabajos de investigación, se han ayudado unos a otros, no sin ponerse trabas o echarse pullas con cierta frecuencia.

En los principios de su trabajo y muchos años después, Bladé aceptó la *communis opinio* y, además de aceptarla, la defendió con encarnizamiento. Baste con citar, porque se trata de un libro extenso e importante (que además ha sido publicado en Marsella por «Laffite Reprints»), algún pasaje crucial de sus *Études sur les origines des Basques*, París 1869, p. i s.: «Les Basques transpyrénéens se rattachent historiquement aux Vascons; mais ils n'en sont pas les représentants directs et purs... L'histoire prouve aussi que les Vascons n'ont occupé le versant Nord des Pyrénées occidentales qu'à partir des VI^e et VII^e siècles de notre ère. Cette extension nouvelle a nécessairement amené le mélange brusque des envahisseurs avec les habitants d'une portion de la Novempopulanie...».

Como él mismo señaló ésta era la opinión común, la opinión oficial, avalada por investigadores anteriores y contemporáneos, sin discrepancia visible. Con todo, cambió radicalmente de opinión, después de haberla sostenido todavía en 1891, con «Histoire de la Gascogne», *Revue de Gascogne* 33, 1893, y «Les Ibères», *Revue de l'Agenais* 19, 1892.

Su palinodia fue acogida con irritación por bastantes, de los cuales nos contentaremos con citar a un estudioso benemérito, suletino por añadidura, Jean de Jaurgain, *La Vasconie*, 1898, cuya primera parte, traducida por Idoia Estornes, publicó Auñamendi, en 1876.

La posible veleidad de Bladé, unida a su desconocimiento de la lengua vasca, ni quitan ni ponen fuerza a sus últimas razones. La razón de la conversión está sobre todo en las publicaciones de un historiador, Achille Luchaire, que, además de hacer la historia de la lengua vasca en períodos decisivos, nos enseñó cómo hacerla a los demás, sobre todo por lo que se refiere a la Antigüedad y a la Edad Media. Entre sus trabajos baste con citar aquí «Les origines linguistiques de l'Aquitaine», *Bulletin de la Société des Sciences, Lettres et Arts de Pau*, 1877, y sus *Études sur les idiomes pyrénéens de la région française*, París 1879.

En estas obras, y en otras (cf. G. Lacombe, *RIEV* 2, 1908, pp. 808 s.), no siempre bien acogidas por los vascólogos, Luchaire probó más allá de toda duda razonable la continuidad entre aquitano y vasco medieval y moderno. Estableció por otra parte las notables coincidencias, que no siempre se tuvieron más tarde en cuenta, en la evolución fonética de vasco y gascón, que no ceden en nada a las que se han observado entre vasco y romance castellano.

12. Tratar debidamente de lo que Schuchardt publicó sobre la lengua vasca y sus relaciones con otras, sin abarcar el conjunto de su obra, exigiría una amplia monografía, en la que la erudición no cediera al espíritu crítico. Aquí, por fortuna, podemos constreñirnos a un campo mucho más estrechamente acotado.

No sé que el de Graz tocara la cuestión concreta de que estamos hablando. Admitía, sí, el parentesco de la lengua vasca con la aquitana, del mismo modo que tenía la convicción, que consiguió extender por el mundo o mundillo de los lingüistas, de que el ibérico se relacionaba estrechamente con aquélla, hasta el punto de que podría ser considerada como la forma antigua de ésta.

Pero, entre aquitano e ibérico, acaso no establecía la necesaria distinción. Recojo un testimonio de Julio de Urquijo que, hablando de Humboldt, establece bien la posición de Schuchardt a

este respecto. Cito de *RIEV* 13, 1922, p. 467: «De su *Prüfung* o Examen puede decirse que, aun cuando bastantes de sus etimologías han sido desechadas, su tesis principal, es decir, el parentesco de la lengua vasca con la ibérica y la aquitánica, la admiten hoy vascólogos notables», y el más notable de ellos para Urquijo era sin la menor duda Hugo Schuchardt.

Nadie podía decir de éste que desconociera la lengua vasca, ni muchas otras: su prólogo a la ed. de las obras de Leizarraga, valga como prueba, es uno de los mejores logros de la *filología* vasca. Por desgracia, ni él ni nadie podía tratar con competencia de una lengua (que en realidad eran al menos dos) no comprendida y ni siquiera leída con aproximación suficiente en aquel entonces. El hecho es, si usamos otra fórmula, que Schuchardt, como nosotros, disponía de nombres aquitanos, pero no de textos en lengua del país: eran con todo de aire tan peculiar que otros, por ejemplo Seymour de Ricci a comienzos de nuestro siglo o Joshua Whatmough (*The dialects of Ancient Gaul*, 1970), distinguen su conjunto de la totalidad de los nombres atestiguados en epígrafes latinos de la Galia. Esto ya aparece con claridad en la colección de J. Sacaze, *Inscriptions antiques des Pyrénées*, Toulouse 1892.

Para el ibérico había ya textos bastante abundantes, además de nombres, pero su interpretación, como ya se ha apuntado, estaba en una especie de prólogo preliminar, porque poco se puede decir en torno a lo que apenas se acierta a leer. Schuchardt se movía, sin embargo, con aplomo en este tremedal, cimentando acaso su construcción en un apoyo todavía más vacilante: el parentesco genético del ibérico (y, por consiguiente, del vasco), de origen africano como se daba por supuesto, con las lenguas hamito-semíticas, por usar de la denominación que entonces era costumbre usar.

Bähr, de cuyos puntos de vista en cuanto al hispanismo de la lengua vasca —que se detrama al otro lado de los montes desde el siglo VI, volviendo a un territorio que ya había sido suyo en la Antigüedad — hemos hablado arriba (§ 7), era guipuzcoano de nacimiento y conocía el euskara como un legazpiarra de entonces. Predilecto de Urquijo, que con razón había puesto en él sus esperanzas, seguidor de Schuchardt en sus trabajos anteriores a 1936 (en los que no pecó, con todo, de comparatismo de largo alcance), se desconvirtió, si puedo decirlo así, en Alemania: en su tesis, donde acepta el carácter éuskaro (con mezcla de más o menos elemento céltico) del aquitano rechaza radicalmente que el ibérico (distinto también de raíz del celtibérico indoeuropeo) tenga relación de parentesco con el vasco. Para ello pudo apoyarse en el seguro instrumento que desde hacía bastante había preparado don Manuel Gómez-Moreno.

13. En los últimos años (que, ¡ay!, ya no son tan últimos) han predominado por aquí las opiniones tradicionales, sin invasión vasca en el 587, gracias en primer lugar a Julio Caro Baroja y Antonio Tovar. Sus nombres, sin embargo, no deben hacernos olvidar el de Gerhard Rohlfs y lo que va, en lo que aquí nos toca, de la 1.^a ed. de *Le Gascon*, 1935, a la 2.^a, 1970, cuyo capítulo primero por lo menos merece ser leído con atención en relación con esta discusión. Recojo aquí simplemente algunas de sus frases finales: «Il est donc nullement prouvé que l'ancienne langue des Aquitains ait été supplantée par la langue des conquérants romains. Tout porte plutôt à croire que l'ancienne langue parlée en Aquitaine a résisté la romanisation et qu'elle est continuée par le basque actuel... Tandis que le latin, avec la civilisation romaine, pénétrait assez facilement dans les régions de la plaine, la langue indigène semble avoir opposé aux conquérants romains une résistance prolongée dans l'extrême Sud-Ouest et dans les hautes vallées pyrénéennes. Nous arrivons donc pour la Gascogne à la même conclusion qui s'est présentée à Menéndez Pidal lors d'un examen des noms de lieux en Aragon. Là aussi, le domaine de la langue basque a dû être autrefois beaucoup plus étendu».

Si se añade a esto que J. Corominas, ya en 1958, y en otras publicaciones posteriores, estudió «restos vascos —como escribió Tovar— en nombres de lugar de la Cataluña pirenaica, hasta lá misma orilla del mar Mediterráneo, y que, siguiendo la sugerencia del historiador R. d'Abadal, estableció como altamente verosímil la idea de que en la vertiente española de los Pirineos estuvieran en uso hablas vascas hasta muy adelantada la Edad Media, llegamos a una ampliación de los dominios históricos del vascuence superior a cuanto desde que la hipótesis vasco-ibérica cayó en descrédito había sido posible sostener con fundamento».

No es éste el momento de hablar con extensión de la obra de Caro, aun dentro del estrecho ámbito —estrecho en relación con el del conjunto de sus trabajos— en que ahora nos movemos. Señalo tan sólo su empeño en ligar lo vasco con lo aquitano, evidente en sus *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina*, Univ. de Salamanca 1945: con agudeza y originalidad consiguió acortar distancias en el hiato documental que separa para nosotros la Alta Edad Media de la Antigüedad. También fue muy positivo su esfuerzo, aun cuando aquí aparezca como negativo en apariencia, en *Los pueblos del norte de la Península Ibérica*, Madrid 1943, subtítulo *Análisis histórico-cultural*. Los lazos que desde este punto de vista trató de establecer entre estos pueblos de la costa cantábrica y zonas próximas marcó, con más claridad que hasta entonces, que la uniformidad no podía defenderse en lo lingüístico.

En cuanto a Tovar, aludo solamente, por más que no sea más que una gota de agua en un océano ancho y profundo, el cap. 7 de *El Euskera y sus parientes*, Madrid, Minotauro, 1959, del que ya he citado alguna frase. Subrayo en particular su «rectificación a nuestro anterior empeño en negar la unidad pirenaica defendida por el arqueólogo Bosch-Gimpera». De otros elementos que se documentan en esa zona son claros, por evidencia directa, los ibéricos. No así, creo yo, los célticos, más supuestos que probados.

14. En 1959 apareció un libro muy importante, y aquí nos interesa lo que se muestra innovador, de U. Schmoll: *Die Sprachen*. Aquí, y sigo a Joaquín Gorrochategui, interesa sobre todo la nota a la p. 25, que se extiende hasta la siguiente.

La opinión (cuyo último defensor era entonces Bähr) conforme a la cual Aquitania había sufrido una romanización total y sólo desde el 587 había sido vasquizada en su ángulo sudoeste, es errónea: «...beruht auf der irrigen Identifizierung von Vasconen und Basken...». En efecto, no le cuesta mayor trabajo demostrar que, a juzgar por la documentación, el euskara antiguo no era la única lengua que se habló en el territorio de los vascones. Tampoco la tiene en mostrar que el nombre propio de los vascos *en su propia lengua* (o, mejor dicho y en primer lugar) el de su lengua, es una forma que empicza por *eusk* (alguna vez, no sabemos con qué sostén, *heusk*- en testimonios antiguos), que nada tiene que ver con *uask*- (hecho que podemos dar por seguro), sino que se remonta al nombre de los *Ausci* aquitanos (hipótesis verosímil, aunque no segura).

Hasta aquí, el que expone sus ideas en este momento no tendría inconveniente en certificar su acuerdo total. No tanto con lo que precede de inmediato. Schmoll levanta acta de que en Vasconia los nombres vasco-aquitano (= *auskisch*) e ibéricos, aunque no faltan, se nos ofrecen con rareza extrema. Esta rareza, por lo tanto, es una prueba «dass das heute in diesen Gebieten herrschende Baskentum im wesentlichen auf spätere Einwanderung aus Aquitanien zurückgeht».

J. Untermann, cuya posición en estos estudios es como se sabe privilegiada, ha hecho suya la postura de Schmoll. Cito sólo un pasaje suyo, pero la claridad compensa ampliamente la longitud. Remito a *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II, 29, 2, pp. 811 s.: «Ob sie die baskische Sprache in vorrömischen Zeit auch südlich der Pyrenäen und westlich des Biscayawinkels gesprochen worden ist, lässt sich nicht ermitteln. So muss man vielleicht annehmen, dass

das Baskische nicht zu den althispanischen Sprachen gehört: vielleicht ist es erst mit römerzeitlichen oder frühmittelalterlichen Bevölkerungsverschiebungen in die Halbinsel hineingetragen worden». Con esto ya descansa sobre los pies lo que hasta entonces, durante siglos, se había tenido malamente sobre la cabeza.

15. Con esto queda consumado el giro copernicano o, en la fórmula más cercana a nosotros, el cambio de paradigma. De modo no muy distinto, cuando Iztueta afirmaba gozoso, y traduzco, que sin más que guardar por entero la lengua vasca, «tenemos probado que somos los descendientes puros de sangre de los primeros entre los primeros españoles», poco podía imaginarse que muchos de quienes hoy serían sus convecinos de Zaldibia iban a contarse entre «los españoles que dejaron de serlo», según la sentencia acuñada por Gregorio Morán.

Sin ánimo de fallar esta difícil disputa, para lo que carezco de autoridad, sí voy a diseñar en pocos rasgos una creencia que no creo aislada, ni mucho menos.

a) Está claro, para empezar, que las huellas éuskaras son mucho más claras y abundantes en la vertiente septentrional de los Pirineos. No obstante, las hay también al sur, y alguna es tan inconfundible en sus características como reciente en su aparición.

b) Lo que varias veces he llamado el 'carácter recesivo' de la lengua vasca está, por desgracia para cuantos nos ocupamos o nos interesamos por sus problemas, más que sobradamente probado. Archivos y bibliotecas están llenos de documentos que no permitirían establecer, si faltaran noticias de otro género, que una era la (prácticamente) exclusiva lengua escrita y otra la (casi única) lengua hablada. En nuestro caso, ha de tenerse en cuenta que en tiempos críticos estuvo en uso una escritura epicórica en la Península, empleada para otras lenguas, y que ésta no alcanzó más que en muy pequeña medida el sudoeste y el centro continental.

c) Abunden o escaseen más o menos, uno se inclina a pensar que la población (la lengua) de que el azar ha sacado con mano avara la muestra se extendía cerca de los Pirineos, y bien podemos ser utraquistas y seguir con la convicción de que, hace dos milenios, se hablaba tanto al norte como al sur. Ya se ha recogido arriba, § 13, lo que Tovar escribió sobre esto y Javier de Hoz, «Crónica de lingüística y epigrafía prerromanas de la Península Ibérica», 1979; supl. de *Zephyrus* 30, 1980, p. 306, etc., coincide también, hasta pugnazmente, en lo esencial.

Que los Pirineos, al igual que el Cáucaso, aparecen como un reducto de lenguas que podemos suponer en retirada, parece incontestable. En otras palabras, se han manifestado durante siglos como un guión que une más que como un punto que separa. Más de un poeta o historiador ha expresado su nostalgia de que esto no cobrara realidad en una región o en otra. ¿Quién sabe? Acaso la derrota y muerte en Muret del rey Pedro II de Aragón, hace casi ocho siglos, no haya sido la consumación definitiva.

† LUIS MICHELENA